

EL PORVENIR DEL LIBRO

Escribe: ALVARO SANCHEZ

El propósito al escribir estas líneas no fue el de contradecir con terquedad la opinión ajena, sino tan solo el de exponer con franca sencillez, desprovista de toda segunda intención, un parecer diverso al que expuso, sobre tema tan sugerente como el futuro del libro, el doctor Fernando Gómez Martínez en su discurso de posesión de miembro correspondiente de la Academia Colombiana. Sus palabras de una ejemplar sobriedad y de una nitidez cautivadora, fueron seguidas con sostenida atención por el numeroso y selecto auditorio que asistió a la sesión del 23 de abril, y por su originalidad con toda justicia aplaudidas.

El libro ha muerto fue su tesis. Principió, a guisa de exodio, por exponer en cortas proposiciones, la etimología de la palabra *libro*, y la entidad por ella significada; su desarrollo en el ya largo curso de la historia, y su influencia en la vida de las naciones. Mirando luego al porvenir, después de haber observado el diluvio de libros que, en los años que corren, ahogan a la humanidad, concluyó su exposición con estas graves palabras, muy dignas de meditación: *El libro ha muerto*.

Dos argumentos habían precedido a esta categórica afirmación: a) la ley de Gresham: la producción masiva del libro produce su desvalorización, y, b) los progresos prodigiosos de la técnica. Buenos argumentos, valiosos especialmente por la dignidad de la persona que los exponía, eximio publicista, avezado, desde el diario medellinense, por él durante muchos años dirigido, a la cotidiana polémica siempre elevada y ágil.

He de comenzar por la refutación de los argumentos. "La producción masiva (galicismo innecesario, debido a un mediano traductor), hubiera sido mejor decir: la excesiva producción del libro produce su desvalorización"; (diré con Santo Tomás) *respondo diciendo que*, no las copiosas ediciones de los libros publicados produce su desvalorización sino la mediana y acaso mala calidad de los mismos. Prueba al canto: el Quijote. En mi reducida biblioteca tengo una modesta edición preparada por Justo García Soriano y Justo García Morales adornada, amén de los hermosos fotograbados ilustrativos del texto, de otros de las primeras de los primeros grabados ornamento de algunas traducciones de la no-

vela cervantina. De 1605, fecha de la primera edición, año en el cual aparecieron otras tres ediciones —una de ellas hecha en Amberes— hasta el presente, ¡cuántas se habrán hecho! no solamente en los tórculos españoles, desde la de Juan de la Cuesta (Madrid) 1605, hasta la copiosamente anotada por don Francisco Rodríguez Marín (Madrid-1952) y la monumental de Montaner (Barcelona-1930). ¡Cuántas traducciones! Vertida ha sido en griego, en japonés, en hindostán, en árabe, en hebreo... y en todas las lenguas de Europa. Eso es editar superabundantemente... y se sigue editando, y se continuará imprimiendo; sin que esa multiplicidad de ediciones lo haya desvalorizado. Ah! es que *El Quijote* no es un libro simplemente bueno, no es una novela, no es una novela de las de tres al cuarto, para hacer reír: es un libro para hacer reír y hacer pensar mucho; es la afortunada obra de un genio.

El argumento fundado en los progresos de la técnica lo expone el autor del discurso que ha dado pie a estas páginas, con palabras del novelista argentino Hugo Wast, tomadas (si no me es infiel la memoria de la novela *666*). Se supone que el argumento se desarrolla en el año 2000, en los pródromos del fin del mundo. La gente es mucho más civilizada que en el momento actual; ya no sabe leer porque de nada carece, cosa alguna necesita... “El cinematógrafo hablado y los teléfonos de bolsillo han reemplazado totalmente los libros y hasta las revistas de crímenes y de chistes, postrer refugio de la imprenta.

La técnica industrial progresa desmesuradamente. El continuo adelanto de la pedagogía ha hecho

demasiado fácil el allegar noticias. Ya no hay conocimientos... Llegado el caso de necesitar algo de eso (noticias, informaciones) bastará conectar una de las mil oficinas de información y pedir las. Algunos pobres diablos, especie de tarados, maniáticos del estudio, todavía parecen capaces de hojear un libro, ellos se encargarán de evacuar consultas provocando no la admiración de los que se benefician con su ciencia o su trabajo, sino su lástima. Que hubiera gentes tan infelices que gastaran su vida hojeando papelotes... Pero ya cuan pocas, y pronto no habrá nadie en el mundo apto para leer un libro o tocar un piano o un violín, o manejar una pluma o un pincel.

Bastó una generación de asombrosa técnica para acabar con los diarios, libros, bibliotecas e imprentas.

Si reciben una carta manuscrita o a máquina, y teniendo curiosidad de ella, se la hacen leer por un criado. En caso de apuro, cuando no tenían criado cerca, pedían por teléfono el auxilio de un lector, a una compañía, como se pide un mecánico o una ayuda al Automóvil Club, si se pincha una goma”. (Hasta aquí son palabras textuales del discurso).

Argumento que se podría reforzar con una escena de la novela “*El mundo feliz*” de Aldous Huxley. Cruzaban por una suntuosa avenida de Londres un grupo de jóvenes y de niñas acompañadas de su preceptora inglesa, cuando hubo de preguntarle si ella había leído a Shakespeare, pregunta a la cual respondió al instante ruborizándose: Claro que no. Nuestra biblioteca no contiene sino obras

científicas y de consulta. Cuando nuestros estudiantes quieren entretenerse un poco, van al cine de tercera dimensión. Un viejecito que oía el diálogo, tuvo para esta respuesta una melancólica sonrisa: acaso él era de los pocos ingleses encanecidos que aun leían el monólogo de Hamlet y los incomparables diálogos de el "Sueño de una noche de verano". Huxley con Wast tenían por probable, por seguro, el predominio de la técnica.

El libro no morirá, vivirá aun cuando sea para formar técnicos.

Creo, eso sí, que ciertos géneros literarios no volverán a escribirse, morirán como murieron ya algunos sin esperanza de resurrección. ¿Quién escribirá ahora una novela pastoral al estilo de la Diana de Jorge de Montemayor o a la Galatea del mismísimo Cervantes? ¿Quién emprenderá la redacción de un poema épico en arte mayor como la Araucana de Ercilla? Acaso la última epopeya sea la maravillosa de Edgardo Ubaldo Genta: "La Epopeya de América". La novela picaresca también murió. Los pícaros del día no son como el Gil Blas de Santillana, traviosos y graciosos; son criminales como "Sangre Negra" y "Tiro Fijo". Acaso sus vidas se escriban, pero a vuelta de pocos años se habrán olvidado.

¿Y la lírica? Ese género de poesía como los setentones de hoy la conocimos, está casi sepultada. La poesía actual tiende a ser cada vez más breve; muchas veces no dice nada, sugiere, no emociona, no canta. ¿Alguno de mis lectores recuerda el primer poema del libro "Piedra y Cielo" de Juan Ramón Jiménez? Helo aquí:

*No le toques no más
Así es la rosa.*

Dentro de unos cuantos años
bastará una palabra, ojalá mono-
silábica, y ello será un poema.

*Amor— hondo misterio, tesoro de
divinas y humanas grandezas.*

*Dolor— profundo abismo, breve y
tremenda palabra*

*Paz— cuántas cosas admirables y
bellas sugiere.*

¿Y la dramática? No ha muerto, pero está en penosa agonía. El teatro tiende cada día más a ser psicológico, es decir simbólico e inextricable, como que muchas veces los personajes ni siquiera tienen nombre; solamente comprensible para los que han estudiado psicología. No cabe duda que el cine se ha impuesto en toda la línea, y que el teatro ha entrado en agonía: está, como dicen los médicos, en coma.

No creo que las maravillas de la técnica lleguen hasta hacer inútil el aprender a leer. Hay muchas cartas de carácter tan privado que el interesado no consentiría, sin montar en cólera, que un criado o el empleado de una oficina, se las leyera: las cartas de amores, de negocios, de combinaciones políticas: de suerte que en el año 2.000, a pesar de los progresos casi milagrosos de la técnica, habrá todavía muchas, muchísimas gentes que sepan leer, o estén aprendiendo a leer porque lo necesitan.

El libro no ha muerto ni morirá. La verdadera técnica no se puede enseñar por medio de discos, ni de altoparlantes con excelentes locutores, ni de ingeniosas películas habladas; su aprendizaje requiere un maestro, y el maestro necesita libros. Desaparecerán ciertos géneros literarios; pero se continuarán escribiendo e imprimiendo libros

científicos, obras de alta técnica ya industrial, ya comercial, ya científica.

La selección, medio de disminuir la sobrecopiosa edición de libros, la hará el público. ¿Cuántas novelas se compusieron en el siglo XVII? ¿Cuántas se componen y se imprimen hoy? ¿Cuántas se reimprimen?

¿Cómo podría pasar por buen cristiano quien no tuviera la Biblia para asidua lectura? Biblias se imprimirán en todos los tamaños, en todas las lenguas y de todos los precios? Pero objetará alguno: la Biblia es un libro divino, es una merced de Dios: sus múltiples ediciones no pueden entrar en la cuenta de las obras repetidas y copiosamente editadas. Pero hay libros, diré mejor autores afortunados que en un momento feliz acertaron a escribir un libro, síntesis de una época, de una cultura, de un pensamiento superior, y esas obras se reimprimirán siempre: un hispano no se contentará con oír la lectura por radio de unos capítulos del Quijote; Inglaterra

querrá tener a Shakespeare; Francia a Moliere; Italia leer en una buena edición su Divina Comedia... Acaso esté ya en pañales el escritor que sintiese esta época; su libro se imprimirá en su lengua original, y las traducciones a diversos idiomas, centenares de veces; el libro, alma de una patria, síntesis de una cultura, expresión afortunada de un genial pensamiento, se imprimirá y vivirá en los siglos futuros para gloria de los hombres, escuela de las conciencias que en él verán como no son las obras materiales sus verdaderos triunfos, sino los libros que les hablen del espíritu y les digan que las dolientes fatigas de la vejez serán sustituidas por los lauros que reverdecen en una vida superior.

Y, (como decían los oradores de hace cincuenta años) he dicho! Ah! me falta solamente presentar mis excusas al doctor Gómez Martínez por mi atrevimiento al no compartir su tesis de la muerte del libro, y por la futeza de mis ingenuas reflexiones.